

I

Cuando el reloj de arena se congeló en medio de la pantalla, Ana supo que todo estaba perdido.

—Fuego. Agua. Aire. Tierra —empezó a recitar, el corazón trepándole por la garganta—. Fuego. Agua. Aire. Tierra fuego agua *tierrafuegotierra*. —Y las palabras se enredaban cuanto más titilaba el cursor.

Por más magia que le aplicara a esa computadora arcaica, no había caso. Había estado armando el informe toda la semana, y hoy era viernes. No guardaba el documento desde el almuerzo.

—*Fuegoaguaairetierra*. Susana, sacame de esta —rogó por lo bajo.

Pero ni la tía podía salvarla desde el más allá, ni tampoco el hechizo que le había enseñado. Movi6 el cursor frenéticamente y el reloj de arena se multiplicó por toda la pantalla. Todos los relojes se reían de ella.

—Me cago en Dios —gimió.

—¿Otra vez?

Tamara se asomó por arriba del divisor. Ana sintió el picor en las entrañas al ver su delineador impecable incluso siendo las cinco de la tarde.

—Hoy se están colgando todas las máquinas. Ya avisé en Sistemas.

Pero la otra hacía una hora que había terminado con sus planillas. Hacía un rato la había visto abriendo OkCupid. Ana solo pudo responder:

—Alicia me va a matar.

—Pero ¿vos qué culpa tenés? Además... —Señaló el cielorraso—. Mercurio retrógrado. Se jode todo. No guardaste, ¿no?

Mercurio no había estado retrógrado desde el verano, pero no valía la pena explicarlo. Ana tuvo que hacer mucha fuerza para no escupirle por sobre el divisor del cubículo. En vez de eso, miró a la computadora y a los relojes burlones sin filtrar el veneno que le circulaba en sangre. *Morite*.

Y por supuesto, la pantalla se apagó. El CPU hizo un suave traqueteo y el logo del sistema operativo apareció en pantalla.

—Le voy a pedir a los de Sistemas a ver si me pueden recuperar el documento —dijo—. No hay manera de que haga todo esto de nuevo antes de las seis.

Tamara se encogió de hombros.

—Es complicada, eh. No te deja pasar una.

Alicia no era tan complicada. Ana pensaba que seguramente era la persona más simple que hubiera pisado esa oficina desde

1982, cuando habían cortado la cinta inaugural e instalado los mismos tubos fluorescentes y la misma alfombra beige que ahora tenía debajo de las botas. La guarida de Alicia tampoco parecía haber cambiado demasiado. Ana atravesó el pasillo de puntillas, más ligera todavía al pasar frente a su oficina.

Por la puerta entreabierta alcanzó a ver sus brazos rollizos y colorados apoyados sobre el escritorio, el cabello electrizado contra el fondo de pantalla de Tweety. Entre toses que hacían temblar los vidrios, mascullaba algo por teléfono –a su marido, seguramente– sobre no haber paseado al perro y sobre la *negrademierdaesa* –la mucama– que no le había dejado los repasadores doblados como correspondía. Sus murmullos se mezclaban con furiosos clics del mouse.

Seguramente a ella también le andaba mal la computadora. Ana tendría que ser rápida. Bajó trotando la escalera y, cuando llegó al sector de Sistemas, tuvo que inhalar y exhalar un par de veces para que el corazón no se le saliera por la boca.

Tenía que dejar de fumar. Hoy no, pero algún día.

Solo quedaba una persona en Sistemas. Matías no levantó la mirada del libro que tenía entre manos hasta que Ana le habló. Se irguió con una lentitud desesperante.

–¿Qué hacés, morocha? ¿Todo bien? –le preguntó, acomodándose el cuello de la camisa.

–Necesito recuperar un documento –respondió ella. Titubeó, y se aclaró la garganta–. Por favor.

Matías miró de reojo la hora en su pantalla e hizo una mueca, sorbiendo el aire por los dientes.

—Medio jugada, ¿no?

—Se me acaba de colgar la máquina —*Culpa tuya y de los otros imbéciles*, pensó— y no lo guardo desde el mediodía. Buscá “Informe de ventas al interior”, a ver si quedó alguna versión guardada.

Él ya estaba negando con la cabeza.

—Difícil. Pero dejame que me fijo.

Ana lo vio explorar el servidor de la empresa, conteniendo las ganas de caminar por las paredes.

—Si no lo recupero rápido, Alicia me mata.

El otro se rio, sin despegar los ojos de la pantalla.

—¿Y qué me das si lo encuentro rápido?

Ana apretó los puños.

El imbécil hizo un sonido con la nariz, y siguió tecleando. Volvió a negar con la cabeza.

—Dice que la última versión es de la una y media de la tarde. Cagaste, ¿no?

Ana ya se estaba yendo.

—Gracias. Tengo que rajar a ver si puedo hacer algo más.

—Esperá —dijo él, levantándose de la silla—, te iba a preguntar si...

El rostro de Matías cambió, y su mirada se fue al pasillo. Ana supo lo que estaba viendo antes de que ella misma se chocara con Alicia frente a frente. Ni siquiera la había escuchado toser o resoplar, como para advertirle a Ana que huyera a tiempo.

—Matías, está andando todo como el culo —dijo, su voz

chillona cortando el silencio de la oficina—. Andá a mirar mi máquina.

—Ya mismo —dijo él, y se apresuró por el pasillo, sin mirar a Ana.

Maldito cobarde. Nada peor que quedarse arrinconada; esos ojos pequeños y viscosos clavados en ella.

—¿Y vos qué hacés acá? Mandame el informe de una vez.

Las palabras querían brotar en un gorjeo ahogado. Alzó las manos para apaciguarla, sintió odio al ver que temblaban.

—Se me colgó la computadora. Te juro que me quedo después de hora.

Cuando el rostro cuadrado de Alicia se tiñó de bordó, Ana se echó ligeramente para atrás.

—¿Qué te pensás, que voy a leerlo a las once de la noche?

—El volumen iba incrementando con cada palabra—. Tuviste toda la semana.

—Es que surgió esa urgencia con los fletes, ¿te acordás?

—murmuró Ana.

Pero Alicia ya le agitaba un dedo rollizo delante del rostro.

—Lo vas a terminar hoy, porque es lo que corresponde; y yo lo voy a leer cuando se me cante. Y otra cosa. —Una gotita de saliva saltó de su boca y cayó sobre la manga de Ana. Con el rabillo del ojo vio la aureola extenderse en la remera negra, y se le revolvió el estómago—. Te aviso que el feriado del martes no te lo vas a tomar. Venís y terminás de solucionar el tema de los fletes. Ya no sé cómo ayudarte. Poné voluntad o te quedás sin trabajo.

No. *El martes no, por favor.* La respiración se le atascó en la garganta.

—Ese día tengo algo personal.

—No es problema mío.

Y con esas cuatro palabras se marchó por el pasillo alfombrado, sus pasos haciendo crujir el parqué hundido. A lo lejos, tosió.

El zumbido de las luces fluorescentes era ensordecedor, a Ana los puños le temblaban. *Una boludita*, dijo el eco de una voz en su cabeza; y eso terminó de romper el dique. Fantaseó con un dragón que desplegaba sus colosales alas, destruyendo el techo de asbesto y arrancándole la cabeza a Alicia de un tarascón. Lo vio masticando el cráneo y escupiendo a sus pies una bola de pelos rojos. Casi pudo oír el golpe sordo del cuerpo decapitado cayendo sobre la alfombra.

Sintió gozo a pesar del pecho cerrado. *Morite.*

Eventualmente, volvió en sí; en un degradé de rojo a blanco. De fondo, sonaba musiquita de algún juego que alguien había dejado corriendo en una de las máquinas de Sistemas.

Necesitaba un cigarrillo.

—¿Te vas? —preguntó Tamara cuando la vio ponerse la campera.

—Me voy a fumar arriba.

—¿Y el informe?

Ana se encogió de hombros.

—Ya está. Me va a hacer venir el feriado.

La otra abrió la boca y los ojos con horror.

—Estoy harta de este lugar de mierda. —Ya no le temblaba la voz, pero el paquete de Lucky Strike se le resbaló varias veces hasta que lo pudo sacar de la cartera.

Aceleró el paso hacia el ascensor y vio los números borrosos. Apretó el botón con la T de terraza repetidas veces, incluso después de que las puertas se habían cerrado.

El corazón todavía le martillaba las costillas cuando se apoyó contra una de las chimeneas y prendió un cigarrillo. Inspiró y exhaló humo con sonoro suspiro. Cerró los ojos. El silencio era maravilloso; y la terraza el único lugar que no tenía olor a alfombra, humedad y aliento de mate. Cuando se desbordaba, podía venir acá y tomar el ansiolítico de emergencia sin que nadie la viera; fumarse un cigarrillo y olvidarse por unos momentos que necesitaba este trabajo para vivir. Y para pagar el alquiler.

Era importante poder pagar el alquiler.

Volvió a llevar el cigarrillo a la boca, y con ese movimiento lo notó: le dolía la mano. La muñeca. Los hombros. Estaba teniendo un brote. Y sí, era normal que los viernes a esta hora ya empezara con síntomas. El cansancio y el estrés tenían con qué pasarle factura, y la fibromialgia no respetaba los días hábiles.

No tenía calmantes en el pastillero. Se iba a tener que aguantar hasta casa.

En algún momento entre el segundo y el tercer cigarrillo, Tamara apareció a su lado; pero se quedó en silencio. Ana le ofreció el paquete con un gesto, la otra negó con la cabeza.

—Siempre elige los viernes para estas cosas, ¿viste? —dijo—. Como para arruinarte el fin de semana.

Ana asintió y fumó.

—Tenías algo, ¿no? Ese feriado. Me suena a que sí.

Detuvo la mano con el cigarrillo a mitad de camino hacia la boca. Masticó las palabras.

—Iba a ir al cementerio.

Tamara se quedó en silencio y Ana no la quiso mirar ni siquiera de reojo. Siguió estudiando con detalle la baranda carcomida de la terraza, porque eso era mejor que ver cualquier mueca de pena. Al rato, agregó:

—Y a la tarde me iba a juntar con unas amigas.

Tamara inclinó la cabeza levemente.

—Ah —musitó.

Le sorprendía que Ana tuviera amigas. Era razonable.

—Son de un grupo de Telegram en el que estoy. Me iba a ayudar a despejarme un poco.

—Bueno... Si hoy te querés despejar, está el cumple de Lucía.

Ana la miró como si estuviera sugiriendo una excursión al séptimo círculo del infierno.

—No voy a ir.

—Justo iba a preguntarle lo mismo.

La otra se sobresaltó, acomodándose el pelo y esbozando una amplia sonrisa.

—¡Matías!

Desde que Tamara y él se habían besuqueado en la fiesta

de fin de año, ella estaba insoportable. Lo que Ana no había querido aclararle era que, al rato, cuando ella se había ido al baño a vomitar, Matías la había empezado a seguir por todo el salón. Solo había desistido cuando Ana recurrió al confiable encantamiento de tirarle con disimulo sal sobre los pies. Unos minutos después, ya se había ido a su casa.

Qué buen hechizo, Susana, pensó Ana. Pero, al volver de ese recuerdo, vio que Matías ya tenía el abrigo y la mochila puesta. Tamara tenía la cartera colgada de un hombro.

Claro, ya se iban. Tenían a la misma gerente y aun así ellos habían zafado.

Él les mostró el libro que llevaba, ella reconoció la portada. Tenía unos engranajes en la ilustración y letras metalizadas: *El dilema de Bennet*.

—Me encargaron el regalo de Lucía. Le voy a comprar un par de novelas de este tipo. Dios mío, es un genio.

—¿Milton Siracusse? —dijo Tamara, observando la portada con los ojos redondos—. Sí, me encanta.

—No lo conozco —confesó Ana.

—Vos sos más del *Necronomicón*, Anita —se burló Matías, y Tamara soltó una risa. Ana la miró con los ojos entrecerrados—. ¿Vas al cumpleaños, entonces?

—No.

Él se inclinó, apoyando el brazo sobre la chimenea de al lado.

—Dale, no seas mala onda. Si querés a la vuelta te alcanzo a tu casa.

La sonrisa de Tamara se esfumó por completo.
–No dejes que Alicia te arruine el día.
–No me arruinó el día. –Le había arruinado el mes, el año, la salud, la vida–. Solo que no tengo ganas.
Él se encogió de hombros y se acomodó la mochila.
–Como quieras. Cualquier cosa mandame mensaje y te paso a buscar también.
Cuando se fue, Tamara le pegó un codazo.
–No sabía que estaba detrás tuyo.
Y si seguía así, iba a tener que traer el salero a la oficina.
–Quedate tranquila, me parece un imbécil.
–Más te vale –le dijo la otra, frunciendo los labios. Miró la hora en su celular–. Me voy, así me preparo con tiempo para la fiesta.
Dudó unos momentos y apoyó la mano en el hombro de Ana, que tuvo un deseo casi irrefrenable de sacársela de encima.
–Para lo que necesites hablar, acá estoy.
–Gracias –respondió entre dientes.
Apenas volvió a estar sola, sacó el celular de la cartera.
“Chicas, me quiero morir. Me van a hacer laburar el feriado”, escribió en el grupo de Telegram de Brujas-BA, su aulario virtual. Se encendió otro cigarrillo, tiritando al sentir una brisa pasajera. El chat se empezó a inundar de mensajes:

WakeMeUpInside:

¿¿Tu jefa de nuevo?? Me estás jodiendo.

Moira:

Naaaaaa.

Lux:

No, boluda, qué bajón.

Fairy:



Moira:

Va a venir pesada la temporada de eclipses, eh.

Rocio Rafa:

¿Alguien sabe si en el foro está el libro *Thot* de Aleister Crowley?

No te puedo creer, Ana. ¿No podés venir un rato, al menos?

Le llegó un mensaje privado:

Lux:

Hacele un gualicho por hija de puta.

A pesar de su mal humor, Ana no pudo evitar sonreír. Con el cigarrillo colgando entre los labios, tecleó rápidamente:

Annie the witch:

Ganas no me faltan. Vos siempre dándome ideas.

En el cuaderno de la tía Susana –no lo veía hace años– seguramente había algunos hechizos que podrían ser útiles para ponerle un límite a Alicia. Pero aún no tenía el corazón listo para volver ahí.

Otra opción era enfrentarla. O cambiar de trabajo. *Sí, claro.* Hacía meses que estaba mandando currículums. No la llamaban de ningún lado y ya estaba por resignarse. Le dolía demasiado el cuerpo después de nueve horas de oficina.

El teléfono vibró nuevamente, las palabras que aparecieron en la pantalla fueron un soplo vivificante recorriendo su espalda dolorida. La curiosidad la despabiló, como si un humo gris se despejase delante de sus ojos.

Lux:

Te paso la receta.

Necesitás un frasco, pimienta negra...

Ana leyó, y releyó. Fumó otro cigarrillo y, en vez de guardar el paquete vacío, hizo un bollo y lo tiró con fuerza por la azotea. Volvió a leer. Y a pensar. Se le cruzó por la mente la cara que pondría Susana al leer la receta de un verdadero gualicho, una cosa morbosa con pimienta, clavos, alambre, pelo, hilos, una foto con la cara cruzada con rojo.

Lux:

Con esto revienta, eh. No se va a meter más con vos.

"Con esto revienta". Miró hacia el cielo. No había otra forma de hablarle a Susana.

Qué sé yo, tía. Hay gente que se merece una buena brujería.

La decisión estaba tomada. *Que reviente.*



Cuando el ascensor se abrió en el piso de su oficina, la mitad de las luces ya estaban apagadas. Reinaba el silencio. Volvió a ir de puntillas por el pasillo, pero esta vez entró a la guarida de la gerente. Acá no había cámaras. Revolvió los cajones, los estantes, se tiró de rodillas debajo de la silla. Le costó encontrarlo, pero ahí estaba. Entre los envoltorios de barras de cereal, los papeles manoseados y los cosméticos de Avon casi vacíos pudo pescar un cabello largo, rizado y rojo.

Fue hasta su propio cubículo y con las manos temblorosas guardó el pelo en el bolsillo interno de la cartera. Estaba cerrando el cierre cuando un tecleo de fondo hizo que el corazón se le fuera a la garganta. Se llevó la mano a la boca para reprimir un insulto. Por supuesto que Clara seguía acá, cuatro máquinas más adelante; apenas iluminada por el resplandor de su monitor. Mirándola con los ojos redondos.

—Perdón, no te vi —dijo Ana, con voz aguda—. ¿Vos también te tuviste que quedar?

La otra se encogió de hombros.

—Como siempre.

Siguió tecleando, su mirada nuevamente en la pantalla. Ana estudió su rostro redondo, intentando ver algún rastro de sospecha. Pero solo vio unas ojeras muy profundas. Y los ojos rojos.

Y un pañuelo a medio usar al lado del mouse.

Se mordió el labio. Tenía que irse. No era el momento.

Pero no pudo evitarlo.

—¿Todo bien? ¿Necesitás ayuda con algo?

La otra se encogió de hombros de nuevo. Sin despegar la mirada de la pantalla, murmuró:

—Si no hago horas extra, no llego. Pero para hacerlas, tengo que pagar niñera. Y tampoco llego. Encima Feli está con fiebre.

Las palabras brotaron sin pensarlo.

—Decime qué te quedó. Yo me lo llevo a casa y lo hago.

Clara levantó la mirada de la pantalla. Se quedó absorta unos instantes.

—¿Segura?

—Tengo que llevarme a casa unos archivos. Uno más no me molesta. En serio.

La vio paralizarse por un momento más.

—Te lo puedo mandar al mail, ¿no? Es algo de los fletes.

—Sí, mandame que lo miro. Dale, andá a casa.

Luego de unos clics rápidos, Clara agarró la cartera y el abrigo.

—Sos lo más, Anita. Gracias.

Se acercó para despedirse con un beso en la mejilla. Ana estaba dura, dolorida, casi inmóvil.

—En dos semanas Feli cumple un año. Si querés podés venir, vamos a hacer algo. Solo mi mamá y yo, porque no hay nadie más.

Pero ella ya estaba negando con la cabeza.

—Tranqui, después vemos. Vos andá.

La otra desapareció por el pasillo alfombrado. Ana miró al cielorraso.

No sé vos, tía, pero con esto capaz compensamos.

No hacía falta que Susana le respondiera del más allá porque ya sabía lo que opinaría al respecto. Intentó no pensar en eso mientras hacía el viaje en el subte vacío, sin escuchar música y encorvada por el dolor en sus articulaciones, hilando en su cabeza la pesquisa de los ingredientes que necesitaba. Algunas de las cosas estaban en la caja de herramientas que guardaba en el lavadero; otras, en la cocina. Cuando reunió todo y pudo empezar, luego de mirar lo que parecieron mil planillas de Excel, ya era de noche.

Cada movimiento era lento y deliberado. Algo negro le burbujeaba en el pecho. Le hirvió la sangre con cada vuelta de cordón, con cada tijeretazo al recortar la foto de Alicia de un folleto institucional. La puñalada con el marcador rojo al tacharle el rostro cuadrado una y otra vez. La selección cuidadosa de los clavos más oxidados, el alambre más rasposo; la trincheta atravesando —en un arranque de creatividad, pues

eso no estaba en la receta— la manga de su propia remera para desgarrar el lugar donde había caído el escupitajo involuntario, empujándolo con brutalidad en la maraña dentro del frasco; y coronándolo con un escupitajo propio —solo para darse el gusto—. Selló la tapa con cera roja sobre la hornalla de la cocina, sus ojos fijos en la llama y la mente llena de ruido.

Estuvo un rato largo en la oscuridad del descampado, mirando las vías del tren. Los grillos no cantaban. El frasco que había depositado en el medio del riel asomaba su cabeza roja como un sacrificio. Al sentir la vibración en la tierra, le dio la espalda y emprendió la vuelta a su casa. No necesitó verlo: pasó el tren y el estallido del frasco fue un grito de victoria.



La despertaron los bocinazos que hacían temblar el cristal de la ventana. Ana se hundió más entre las sábanas. Tenía las manos entumecidas, los dedos duros. Hoy el brote había arrancado temprano, cobrándole por adelantado toda la tensión del día anterior.

Estaba quedándose dormida nuevamente cuando tocaron el timbre del portero eléctrico. Lo ignoró hasta que sonó por segunda vez. Sintió aproximarse una sombra y abrió los ojos con dificultad. Su gato la miraba con ojos verdes e impasibles desde la mesa de luz.

—¿Por qué tan temprano, Gordito? —murmuró mientras se ponía un buzo.

Fue con dificultad hasta el portero eléctrico, un escalofrío con cada paso de pies descalzos sobre la losa.

Levantó el tubo amarillento:

–Hola.

Silencio.

–Hola –insistió.

Colgó. Por unos momentos, miró indignada al aparato.

–Sábado a la mañana –murmuró.

Aprovechó para prender la cafetera y volvió a la cama; calentó sus pies helados frotándolos con el colchón. Prendió la tele y pasó los canales con el volumen bajo, esperando que su organismo decidiera si era preferible volverse a dormir o tomar el café. Su dedo apretaba mecánicamente el control. Al pasar por el canal de la cámara de vigilancia del edificio, su dedo se detuvo sobre el botón.

Había alguien parado delante de la puerta de entrada.

Alicia estaba ahí. Mirando la cámara.

Mirándola a ella.

Ana se sentó rápidamente; el control remoto colgando de la mano y la boca seca. Alicia no parpadeaba, ella tampoco. No hubiera despegado la mirada de la pantalla si el celular no hubiese vibrado.

Era un mensaje de Tamara.

Boluda, se murió Alicia.

Cuando levantó la mirada, la pantalla del televisor estaba negra.